

Hoy es Domingo / ASENSIO SÁEZ

Autobús de las tres

Las tres de la tarde, cuando la luz del sol se desploma verticalmente sobre el pueblo, escamoteando el fresco brochazo de la sombra de las aceras, el autobús se pone en marcha, rumbo a la gran ciudad.

-¡Para, tío, que viene la Trini! -avisa alguien al conductor, descubriendo las desesperadas señas de la viajera rezagada-

El conductor detiene el autobús, y la Trini, de tiros largos, guapetona peinada a tirón, puede excusarse, jadeante:

-¡Que me había dejado la tarjeta del *Corte Inglés* sobre el televisor, hijo, y he tenido que volver sobre mis pasos. Echando el bofe vengo por no perder el coche, corazón mío.

-Mujer, di mejor que, a estas horas, más que la obligación puede en ti la devoción de una buena siesta.

¡Qué secretos se le escapan al conductor, conocedor de aquella particular filosofía viajera que en cada peregrinaje a la ciudad pone su corazón, aguardando, sin confesárselo del todo, la placentera aventura, el acontecimiento que le compense de sus cotidianas rutinas!

En un cruce de carreteras sube, como Dios le da a entender, enjaezado con el chándal de los días festivos, el viajero barrigón que, tras abonar su billete, descubrió a un viejo amigo:

-¡Chacho, la de tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

-Tirando. ¿Y tú?

-Pues, ya ves, equivocándome de

coche, que debí tomar el de Lourdes. ¡La artrosis, que me lleva por la calle de la amargura, chacho!

En la parada siguiente sube un grupo de jóvenes más o menos puestos al día, luciendo el uniforme oficial de los que van a echar la tarde a copas: vaqueros, cuero, chapas, botas cortas... El conductor cae en la cuenta de que, alimentados como no lo fue él, estos muchachos vienen a salir más altos, mejor parecidos, más europeos, en una palabra. Como ellos, de empezar de nuevo, al conductor le gustaría echar una cana al aire de vez en cuando, tomar la ciudad con los amiguetes, pasarse el canuto y la litrona...

El autobús va completándose poco a poco. En distintos puntos han subido dos marroquíes, una mujer embarazadísima, un señor con cartera de cuero bajo el brazo, que, tras sentarse, pega su frente al cristal de la ventanilla y se abandona al paisaje... suben luego dos monjas, que saludan al conductor.

-Hermanas, ¿cómo va el universo mundo?

-Sume usted: paro, droga, violencia... El Señor ponga su mano.

El conductor intuye siempre, sin temor al equívoco, en quién puede depositar su respetuosa confianza. Lo que no es óbice para dejar de tirarle de la lengua al grupo de chicas que han venido aguardando el coche en el carril de las Palmeras, otrora pertenecientes al gremio del refajo y el moño de picaporte, *majorettes*, más



tarde; *progres* como las que más, al fin, *guay del Paraguay* todas, buscando la fácil peripecia amorosa en la ciudad.

-¿Qué, nenas, al rosario?

-¡Caliente, conductor, caliente!

Interviene entonces, previsora y maternal, doña Nati, la lotera de la Plaza Nueva:

-Sensatez, hijas mías. Todo cuidado es poco hoy día. Lo digo por el problema de las violaciones. Por la *tele* he alcanzado el otro día el conse-

jo. Contra el riesgo de una violación no tenéis más que hacer un esfuerzo personal y cagarse encima, vamos, con perdón. Mano de santo la receta. Se asegura que es el único medio que hace retroceder como alma que lleva el diablo al presunto violador.

A lomos de la cháchara, se llega a la ciudad. El conductor que es el último en bajar. Estira las piernas por el andén de la estación de autobuses y se dirige al bar para comentar con algún compañero una secuencia por-

no de Victoria Abril y el último gol de Butragueño. Luego, para hacer tiempo hasta el regreso al pueblo, hacia el atardecer, pega la hebra con Rosita, la kiosquera, mujer con garabato, marea de puro guapa. Malas lenguas proclaman que si la estimación que existe entre Rosita y el conductor no va a más es porque la kiosquera no quiere. Hablando con Rosita llega antes la hora del regreso, cuando todavía el sol puede lamer con su lengua de oro los cristales del coche. El viaje de vuelta es otra cosa, más aburrido, con la tonta amenaza de que la noche venga antes que el autobús arribe al pueblo. El conductor se alivia del trance echando mano a la *cassette*, en la que, por preferencia personal, cuenta la voz de Perlita de Huelva, con su consabido *Amigo conductor*, todo un hermoso himno a la profesión. Carlos Herrera ha solicitado recientemente una hornacina con la efigie de Perlita de Huelva en todas las gasolineras. «Precaución, amigo conductor, / tu enemigo es la velocidad. / Acuérdate de los niños, / que te dicen con cariño: / «No corras mucho, papá». Por ellos, por los hijos, dos niñas y un varón, viene ahorrando el conductor para la oportuna adquisición de un camión propio. Buen día será aquel en que el conductor, dado de alta en *Autónomos*, pueda estrenar su independencia, carretera adelante, las manos en el volante de su camión y en la visera de éste, pintado a mano, como corona y bandera, un entrañable título triunfando a los cuatro vientos: «Mi José Pedro, mi Vanesa y mi Noelia».